

REALIDADES SIONISTAS

El debate sobre Israel-Palestina

Al debatir «soluciones» para Israel / Palestina, conviene recordar la famosa afirmación del *Manifiesto Comunista* de que sus conclusiones teóricas «no se basan en modo alguno en ideas o principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo. No son sino la expresión general de las relaciones de hecho que brotan de la lucha de clases existente, de un movimiento histórico que se desarrolla ante nuestros propios ojos». Desde el estallido de la primera Intifada en diciembre de 1987, el movimiento histórico real de la lucha de liberación palestina se ha dirigido hacia el establecimiento de un Estado palestino independiente en Cisjordania y Gaza. La OLP adoptó oficialmente ese objetivo en 1988, pero era ampliamente conocido que, pese a toda la retórica empleada, la solución de dos Estados era su propósito real al menos desde 1974. La primera Intifada dio lugar al acuerdo de Oslo entre Israel y la OLP, con el que se inició un proceso que en aquel momento se creía que llevaría al cumplimiento de ese objetivo. Como es sabido, el proceso fracasó, por razones que todavía se siguen debatiendo entre los observadores y los propios participantes¹.

Mientras que la primera Intifada fue un levantamiento popular sin armas, la segunda, que señaló el final del proceso de Oslo en el verano de 2000, encontró una reacción desmesurada y deliberadamente violenta por parte del ejército israelí y se convirtió en una rebelión armada². En la conciencia popular israelí ha quedado caracterizada sobre todo por las bombas de combatientes suicidas contra blancos civiles dentro de las fronteras israelíes de 1967; esto ha provocado un cambio en el estado de ánimo de la clase media judeo-israelí –aparte de apoyar los esfuerzos para conseguir la seguridad mediante la paz o por cualquier otro medio–, y a ojos de algunos legitimó la brutal reocupación de Cisjordania en abril de 2002 decidida por Sharon. Aunque éste estaba oficialmente comprometido con

¹ Jeremy PRESSMAN, «Visions in Collision: What Happened at Camp David and Taba?», *International Security* XXVIII, 2 (otoño 2003), pp. 5-43; Arie KACOWICZ, «Rashomon in Jerusalem: Mapping the Israeli Negotiators' Positions on the Israeli-Palestinian Peace Process, 1993-2001», *Leonard Davis Institute Occasional Papers* 95 (2004), Jerusalén.

² Véase Yoav PELED, «Beneficios o gloria?», *NLR* 29 (noviembre-diciembre 2004), pp. 45-67.

algo que llamaban la Hoja de Ruta –compromiso mantenido por su heredero, Ehud Olmert–, y pese a la prolongada farsa que supone la denominada Autoridad Palestina, las perspectivas para un Estado palestino soberano viable en Cisjordania y Gaza han desaparecido prácticamente (si es que existieron en algún momento). Como consecuencia ha resucitado el viejo programa de la OLP de establecer un Estado democrático y laico en todo el territorio del antiguo Mandato británico de Palestina, principalmente entre intelectuales palestinos dentro y fuera de la región³.

El mérito del libro de Virginia Tilley *The One-State Solution* es plantear, de modo sistemático, muchos de los problemas que atañen al plan de dos Estados⁴. Su propósito es alentar la discusión sobre la solución de un solo Estado en Estados Unidos⁵. Intenta hacerlo mediante dos argumentos principales: (1) que la solución de dos Estados ya no es una opción viable, si alguna vez lo fue, y (2) que la solución de un solo Estado «resolvería todo el conflicto con un gesto magistral». Tendría que ser efectivamente magistral, ya que Tilley pretende un Estado que no sólo «sirva equitativamente a todos sus ciudadanos», sino que también asegure que «el hogar nacional judío encuentre una configuración nueva y más segura que ya no requiera una mayoría o una dominación étnica judía sobre el Estado»⁶. Con otras palabras, Tilley trata de mostrar no sólo que la solución de un Estado es la única opción para resolver el conflicto palestino-israelí, sino también que no debería considerarse una amenaza para el propósito básico del sionismo, esto es, establecer un hogar nacional para los judíos en Palestina.

Estrategias de colonización

La argumentación de Tilley procede por eliminación: considera todas las opciones hipotéticamente posibles –limpieza étnica de los palestinos por Israel, prolongación del *statu quo*, y varias versiones de la solución de dos Estados– y mostrando sus deficiencias concluye que la solución de un

³ Para un análisis detallado, véase Tamar HERMANN, «The Bi-National Idea in Israel / Palestine», *Nations and Nationalism* XI, 3 (2005), pp. 381-401. Véase también el intercambio de opiniones sobre binacionalismo en *The Boston Review* XXVI, 5 (diciembre 2001-enero 2002).

⁴ Virginia TILLEY, *The One-State Solution. A Breakthrough for Peace in the Israeli-Palestinian Deadlock*, Manchester, 2005; de aquí en adelante *The One-State Solution*.

⁵ El aval de Tony Judt en la cubierta apunta la esperanza de que el libro aliente el debate sobre la solución de un solo Estado «en este país». En octubre de 2003 el propio Judt provocó un alboroto entre los *literati* judeo-estadounidenses al sugerir, en un artículo en la *New York Review of Books*, que dado que la solución de dos Estados ya no era viable, Israel tendría que elegir entre dos versiones de la solución de un solo Estado: un Estado binacional judío-palestino democrático, o la limpieza étnica de los residentes palestinos. Dada esta alternativa, el Estado binacional era a su juicio la única opción razonable.

⁶ Tilley, *op. cit.*, pp. 9, 12. Curiosamente, la autora no muestra una preocupación similar por el «hogar nacional» palestino, lo que recuerda la notoria asimetría en el Mandato sobre Palestina concedido a Gran Bretaña por la Sociedad de Naciones en 1922.

solo Estado es la única viable y deseable. Basa su conclusión sobre la imposibilidad de la solución de dos Estados en dos hipótesis concretas:

1. La «red de asentamientos» israelíes en Cisjordania ya no tiene vuelta atrás.
2. Israel no puede renunciar, y no lo hará, a los recursos hídricos existentes bajo el suelo de Cisjordania.

Como documenta Tilley, la «red de asentamientos» incluye no sólo las propias colonias –algunas de las cuales son ya ciudades de tamaño medio–, sino toda la red de carreteras que las conectan, reservadas únicamente para ciudadanos israelíes, y más recientemente también el Muro de Separación (en afrikáner, *apartheid*). Esa red se diseñó, en términos de densidad y extensión territorial, para hacer irreversible la ocupación fragmentando el territorio del potencial Estado palestino y haciendo imposible la desaparición de los asentamientos. Éstos cuentan con una población de más de 200.000 personas, más otras 200.000 en el área que Israel se ha anexionado ya como «Jerusalén». Ese medio millón de colonos está respaldado políticamente por una retaguardia de partidarios varias veces mayor. Muchos de ellos son familiares de los colonos o gente que aspira a mejorar su situación económica desplazándose a Cisjordania, la única zona del «sistema de control» israelí donde todavía existe el Estado del bienestar.

Colonizar los Territorios Ocupados con judíos ha sido el principal proyecto nacional emprendido por el Estado de Israel desde 1967. En términos de legitimación, ha habido tres fases: militar, entre 1967 y 1974; religiosa, entre 1974 y 1977, cuando se creó Gush Emunim [el «Bloque de los Fieles»] a raíz de la guerra árabe-israelí de 1973⁷; y del libre mercado desde que el Likud llegó al poder en 1977. Todas las instituciones estatales israelíes, incluidas organizaciones estatales judías como la Agencia Judía y el Fondo Nacional Judío, han participado en el proyecto de colonización, a veces bajo diversos disfraces a fin de no violar demasiado abiertamente los términos de la ayuda económica estadounidense o la exención de impuestos de las organizaciones judeo-estadounidenses (sería extremadamente ingenuo creer que esos disfraces engañaron a la Administración estadounidense, pero, aparte del presidente Bush Sr., ningún presidente estadounidense se ha atrevido a desafiar esa actividad colonizadora).

Tilley se olvida de mencionar una de las instituciones más importantes con intereses creados en la prolongación de la ocupación, el ejército is-

⁷ El Gush Emunim fue creado por alumnos del rabino Tzvi Yehuda Kook –dirigente espiritual del movimiento hasta su muerte en 1981– con el fin de evitar la esperada retirada de Israel tras la guerra de 1973; estaba estrechamente relacionado con el Mafdal [Partido Religioso Nacional]. Véase Ian LUSTICK, *For the Land and the Lord. Jewish Fundamentalism in Israel*, Nueva York, 1988.

raelí. Desde 1967 las FDI (rebautizadas como FOI –Fuerzas de Ocupación Israelíes– por algunos grupos pacifistas israelíes) han sido, formal y efectivamente, el poder soberano en las zonas de los Territorios Ocupados no anexionadas formalmente a Israel. La gestión de estos territorios, con sus millones de residentes palestinos, ha requerido, además de fuerzas de inteligencia y operativas, una gran burocracia para asuntos civiles, mantenida con enormes presupuestos, en la que se han hecho muchas carreras militares. Renunciar al control sobre esos territorios significaría un gran quebranto para el ejército, incluso en estrictos términos numéricos. Además, cualquier avance hacia la paz, empezando por el acuerdo con Egipto, ha hecho disminuir el gasto militar con respecto al PNB, dando lugar a pérdidas de contratos militares y a una reducción del ejército permanente. Durante el periodo de Oslo se habló de abolir el servicio militar obligatorio y de volver a una fuerza profesional, e incluso se planteó la idea de privatizar las principales funciones militares. Por último, el prestigio del ejército y la motivación para servir en él sufrieron un notorio declive⁸.

Dado este conjunto de intereses creados en mantener la ocupación, Tilley declara que «sólo una voluntad política de hierro –de algún primer ministro israelí con una base política inquebrantable, capaz de reunir los recursos necesarios y de superar las tormentas de la controversia– podría invertir la actual trayectoria hacia la anexión; pero es evidente que por el momento no existe»⁹. Sin embargo, esa voluntad estuvo brevemente presente en la persona de Ariel Sharon, quien demostró en Gaza que desmontar los asentamientos judíos en los Territorios Ocupados es una tarea fácil para un líder que quiera hacerlo. Muchos observadores están de acuerdo en que al escindir el Likud –el partido político que él mismo había unido hace más de treinta años– Sharon insinuaba que planeaba extender el modelo de Gaza a parte de Cisjordania; esto significaría desmontar los asentamientos y bases militares permanentes judías de casi la mitad de Cisjordania: el área delimitada por el Muro de Separación al oeste y el valle del Jordán, en sentido lato, al este. Si los sucesores de Sharon llevaran a cabo su plan, los únicos asentamientos judíos que quedarían en esa área serían los grandes «bloques de asentamientos», que también quedarían protegidos por un muro.

Pero, como podría argumentar Tilley, la remoción de esos asentamientos no tendría como fin la puesta en práctica de la solución de dos Estados. La estrategia de «desenganche» unilateral de Sharon estaba diseñada más bien como un método más eficaz de control de Cisjordania. Ocupación eficiente, económica en términos de dinero y sangre (judía), es la preferencia política actual de la clase media judeo-israelí, desilusionada por la

⁸ Yoram PERI, «Civil-Military Relations in Israel in Crisis», en Daniel Maman, Eyal Ben-Ari y Zeev Rosenhek (eds.), *Military, State and Society in Israel*, New Brunswick (NJ), 2001, pp. 107-136.

⁹ Tilley, *op. cit.*, p. 52.

segunda Intifada y que ya no cree en la posibilidad de la paz. Sharon mantenía esa estrategia precisamente para eludir el escenario con el que Tilley pretende argumentar contra la viabilidad del *statu quo*:

Pudriéndose dentro de su enclave amurallado, el pueblo palestino seguirá viviendo una situación de miseria cotidiana y destrucción política; y a medida que crece, y muy rápidamente, su población dentro de ese receptáculo territorial sellado, las presiones demográfica, económica y política llegarán a un umbral crítico. Los sectores judío y palestino [de Cisjordania], adosados en las tierras altas, apretados mejilla contra mejilla dentro de unas fronteras amañadas, no pueden soportar indefinidamente tales presiones. La fórmula es explosiva, y promete crecientes actos desesperados de violencia e incluso una insurrección masiva de los palestinos¹⁰.

Sin presencia israelí permanente dentro del enclave palestino, empero, y con una muralla que separe eficazmente de Israel ese bantustán, los palestinos no tendrían blancos fáciles hacia los que dirigir su cólera. Un suicida ocasional o un misil de vez en cuando no suponen un problema serio para Israel.

El otro argumento con el que Tilley sostiene la inviabilidad de la solución de dos Estados es que «para Israel, el factor que más objetivamente impide la soberanía absoluta palestina en Cisjordania es la escasez de agua»¹¹. Sin embargo, la escasez de agua no es otra cosa que un espantajo utilizado por la derecha israelí para oponerse a la solución de dos Estados, y es muy sorprendente verlo reproducido en el libro de Tilley. Como reconocen muchos expertos en la cuestión del agua, las necesidades de agua de Israel y de la región se pueden satisfacer ahora de forma fácil y barata mediante el reciclado y la desalinización. La capacidad de desalinización existente y planeada en Israel está ya al nivel de 400 millones de metros cúbicos al año, mientras que el agua que Israel toma de Cisjordania equivale a 500 millones de metros cúbicos anuales. Así, en palabras de Saul Arlosoroff, un experto hidrólogo israelí:

Todo el problema [entre Israel y los palestinos] se reduce a medio plazo a 100 millones de metros cúbicos anuales, y obtener esta cantidad desalinizada del mar supone 100 millones de dólares, cuando el PNB de Israel es ya de 100 millardos de dólares; así pues, el 0,1 por 100 del PNB. De forma que, desde el punto de vista económico o financiero, el agua es irrelevante¹².

Los planificadores israelíes no consideran, pues, el agua como una cuestión clave para las negociaciones con los palestinos (suponiendo que ta-

¹⁰ *Ibid.*, p. 131.

¹¹ *Ibid.*, p. 64.

¹² Citado en Jan SELBY, *Water, Power and Politics in the Middle East: The Other Israeli-Palestinian Conflict*, Londres, 2003, p. 63; Véase también Jan SELBY, «The Geopolitics of Water in the Middle East: Fantasies and Realities», *Third World Quarterly* XXVI, 2 (2005), pp. 329-349.

les negociaciones llegaran a reanudarse)¹³. Además, de seguir la lógica de Tilley, si Israel se opusiera a la soberanía palestina en Cisjordania por temor a perder el control de su agua, ¿por qué aceptaría dejar que los palestinos obtuvieran soberanía sobre todo el país, incluidos sus recursos hídricos, mediante su mayoría democrática en un Estado democrático laico?

La razón real de que la solución de dos Estados haya muerto es mucho más simple que la aducida por Tilley: los palestinos que combatieron por ella, con la ayuda de algunos judíos, fueron derrotados. La estrategia de los palestinos, basada en gran medida en la creencia de que la «comunidad internacional» (es decir, Estados Unidos) contendría a Israel y no permitiría que fueran totalmente derrotados, se hundió el 11 de Septiembre de 2001. Una de las deficiencias más trágicas del régimen establecido por la OLP fue su total incapacidad para establecer una defensa creíble contra la invasión israelí de Cisjordania en 2002, quizá precisamente porque estaba todavía bloqueada por esa esperanza (y la razón por la que Israel no volvió a ocupar la franja de Gaza en ese momento no fue únicamente porque podía controlarla mejor desde el exterior, sino también porque el ejército israelí esperaba una feroz resistencia allí). Dada la realidad militar sobre el terreno y la evaporación del apoyo internacional a los palestinos, la solución de los dos Estados está condenada, al menos a corto plazo¹⁴.

El hogar nacional judío

Mientras que el análisis de Tilley sobre la solución de los dos Estados es factual, su examen de la solución de un solo Estado es puramente teórica. Dado que, como ella misma observa (con algunos matices), el Estado único ya existe, no hay razón para hablar de su «viabilidad». Su objetivo es más bien mostrar que la reconstitución de ese Estado como una entidad democrática laica, con los mismos derechos para todos sus ciudadanos, puede ser compatible con los objetivos básicos del sionismo. Como dice Tilley,

el proyecto sionista de reconstruir un hogar nacional judío, en un territorio con tantas evocaciones para la tradición religiosa y social judía, es de un carácter psicológico y político tan rotundo que debe estar en la base de cualquier solución duradera¹⁵.

Y si es básico es porque no es posible ninguna solución pacífica del conflicto sin el consentimiento de al menos una mayoría considerable de los judíos israelíes, prácticamente todos ellos ardientes sionistas.

¹³ Jan Selby, comunicación personal, 5 de diciembre de 2005.

¹⁴ Yezid SAYIGH, «The Palestinian Strategic Impasse», *Survival* XLIV, 4 (invierno 2002-2003), pp. 7-21.

¹⁵ Tilley, *op. cit.*, p. 13.

Tilley trata de convencer a sus lectores de la compatibilidad entre el sionismo y la solución de un solo Estado siguiendo dos líneas diferentes: que en realidad no hay razón para temer que en condiciones de ciudadanía igual la mayoría palestina en un solo Estado pretenda obstaculizar los objetivos legítimos del sionismo, y que el pensamiento sionista no es de por sí necesariamente hostil a la idea de un Estado democrático laico que incluya a los palestinos.

No obstante, ella es muy consciente del profundo temor de los judíos israelíes a que en un Estado democrático laico judío-palestino

una mayoría palestina todavía resentida y judeófoba pudiera desencadenar [...] un ataque contra los intereses y la vida cultural judía, por ejemplo orquestando un regreso masivo de los palestinos, apropiándose de las casas judías para los retornados, demoliendo progresivamente las preocupaciones culturales judías, tomando el control de los lugares santos y eliminando insensiblemente las condiciones de la cultura, la seguridad económica y la libre expresión de los valores espirituales y la vida nacional judía¹⁶.

Para aliviar esos temores, Tilley asegura a sus lectores que

un carácter duradera y profundamente democrático enmarca todo el discurso político palestino excepto el muy reciente y aterrador avance de doctrinas islámicas totalitarias. De hecho, debido a esa tradición democrática, los palestinos han admirado la democracia israelí y han deseado algo similar para el Estado palestino. Los mismos valores democráticos impulsan ahora el cambio de opinión entre algunos palestinos en favor de la solución de un solo Estado, con la esperanza de que los valores democráticos del pueblo palestino puedan expresarse en las instituciones fundamentalmente democráticas de Israel¹⁷.

Desgraciadamente para los argumentos de Tilley –y para el presidente Bush–, la democracia palestina es precisamente el instrumento con el que el movimiento islámico Hamás, «aterradoramente totalitario», acaba de obtener una mayoría absoluta en el Consejo Legislativo Palestino.

La segunda línea de argumentación de Tilley sigue un meticuloso análisis textual de diversos documentos sionistas, especialmente el Programa de Jerusalén adoptado por el Congreso Mundial Sionista de 1968, a fin de demostrar que, incluso según esos textos, los objetivos legítimos del sionismo no requieren realmente un Estado étnicamente judío para verse satisfechos¹⁸. Esta conclusión, asegura Tilley, es compartida por el «creciente movimiento “postsionista” [...] [en Israel, que] propone una configuración

¹⁶ *Ibid.*, p. 169.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 202-204. Tilley no aporta ninguna prueba en favor de esa afirmación tan comprometida.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 226-230. Dudo de que el Programa de Jerusalén haya sido leído antes tan meticulosamente, ni siquiera por sus propios autores.

muy diferente de la estatalidad judía que no requeriría una mayoría judía¹⁹. Como miembro destacado de ese «movimiento» postsionista –que de hecho es más un talante intelectual que un movimiento–, puedo decir que no conozco a nadie que argumente que la estatalidad judía puede existir sin una mayoría judía. Lo que sí conozco es gente que dice que hay que abandonar totalmente la idea de un Estado judío, en nombre de la democracia liberal o multicultural –normalmente dentro de las fronteras israelíes de 1967, al menos en una primera etapa–, y otra gente que dice que hay que preservar la mayoría judía y el Estado judío, pero que se debería tratar de forma más equitativa a los ciudadanos palestinos de Israel y que habría que conceder libertad a los no ciudadanos²⁰.

Buscando raíces históricas para la posición (inexistente) que ella atribuye a los postsionistas, Tilley presenta la acostumbrada galería de sospechosos –Hannah Arendt, Martin Buber, Judah Magnes–, todos ellos figuras sionistas marginales (aunque, por supuesto, no sean marginales en sus respectivos campos de actividad) que, en el contexto del Mandato británico y su crepúsculo, trataron de sortear la cuestión del Estado judío a fin de evitar la guerra con los palestinos. Pero lo que Tilley pasa por alto es el hecho de que, en un momento en que los judíos constituían menos de una tercera parte de la población del país, toda esa gente insistía en la «paridad» entre judíos y palestinos en la gobernación de su futuro Estado común, y que no estaban dispuestos a renunciar al control judío sobre la inmigración y la compra de tierras. Como insistía Arendt, que probablemente era la menos sionista de todas esas figuras, en un fragmento reproducido por la propia Tilley, «la emigración a Palestina, limitada en número y en tiempo, es el único “mínimo irrenunciable” de la política judía»²¹. Ese «mínimo irrenunciable» era no obstante excesivo para los palestinos, y ésa es la razón de que ninguna de las iniciativas mencionadas por Tilley pudiera reclutar palestinos para su causa²².

Sea como fuere, la contradicción entre el sionismo y la solución de un solo Estado no se puede resolver mediante el análisis de los textos o interpretaciones creativas de los diversos significados de «Estado» frente a «hogar nacional». Desde la perspectiva nacionalista judía, esto es, sionista, la solución de un solo Estado significa el fin del sionismo. Se podrían utilizar serios argumentos morales para justificar que el sionismo, un movimiento de asentamiento colonial, declarara su «misión cumplida» y abandonara la escena. Si bien esto no significa, por supuesto, que la historia pueda, o deba, volver atrás, ni que se pueda expulsar por las buenas a los judíos de Palestina (a Alemania o Alaska, como querría el actual presidente iraní).

¹⁹ *Ibid.*, p. 133.

²⁰ Uri RAM, «Post-Zionist Studies of Israel: The First Decade», *Israel Studies Forum* XX, 2 (2005), pp. 51-74; Hermann, *op. cit.*

²¹ Tilley, *op. cit.*, p. 239.

²² La indiferencia palestina hacia los esfuerzos de esos autores podría haber merecido un comentario de Tilley. Véase Hermann, *op. cit.*, pp. 384-386.

Pero los defensores de la solución de un solo Estado deberían tener el valor de afrontar el hecho de que sin la dominación judía de una porción, la que sea, de Palestina / Israel, no habrá un hogar nacional judío. Si los palestinos logran su objetivo, lo primero que harían sería abolir la Ley del Retorno, o equilibrarla mediante una Ley del Retorno propia. Lo siguiente que exigirían, al menos, sería una participación proporcional en la tierra: un territorio que antes era enteramente de su propiedad y que ahora se define en su mayor parte, legalmente, como tierra nacional judía. La inmigración *[aliyah]* y la tierra constituyeron, históricamente, el núcleo del conflicto palestino-judío, y, como vimos, hasta los sionistas más liberales han considerado vital el control judío de esos recursos para la existencia de un hogar nacional judío. Difícilmente les convencería el argumento de Tilley de que podría mantenerse incólume un hogar nacional judío dentro de un Estado democrático laico con una mayoría palestina²³.

¿Un Estado desionizado?

En apoyo de mi tesis sobre la incompatibilidad entre el sionismo y la solución de un solo Estado, me gustaría examinar, como experimento mental, un reto mucho más sencillo: el establecimiento de un Estado democrático laico desionizado (un «Estado de sus ciudadanos» en el vocabulario político israelí) *dentro* de los límites del Estado soberano israelí, tal como está actualmente constituido.

Israel se define constitucionalmente como un «Estado judío y democrático». Una disposición constitucional prohíbe la participación en las elecciones a la Knesset a los partidos políticos que pongan en cuestión uno u otro de los dos elementos de esa fórmula (hasta ahora, el Tribunal Supremo ha evitado aplicar esa previsión al caso de los partidos políticos que cuestionan el elemento judío de esa definición). Las expresiones más concretas del carácter judío del Estado de Israel son la Ley del Retorno –que garantiza a todos los judíos y a sus familiares no judíos, hasta la tercera generación, el derecho a inmigrar a Israel y a convertirse en ciudadanos a su llegada– y la no separación entre Iglesia y Estado. En la década de 1990 se pudo apreciar cierta aspiración a modificar esa definición, motivada por tres tipos de consideraciones: la actitud más liberal hacia los ciudadanos palestinos de Israel mostrada por el gobierno de Rabin (1992-1995), que dependía de su apoyo en la Knesset; la creciente tensión entre judíos laicos y ultraortodoxos, en primer lugar sobre la cuestión del servicio militar de estos últimos; y el hecho de que la proporción de no judíos entre los inmigrantes de la antigua Unión Soviética que llegaban invocando la Ley del Retorno iba creciendo rápidamente. Ese movimiento culminó en la decisión crucial del Tribunal Supremo en el caso Qaa-

²³ Véase Ian LUSTICK, «The Cunning of History», *Boston Review* XXVI, 5 (diciembre 2001-enero 2002).

dan, en 2000, que proscribía la discriminación entre ciudadanos judíos y palestinos en la distribución de tierras del Estado. Pocos meses después, el colapso del proceso de Oslo y el estallido de la segunda Intifada pusieron fin a ese movimiento²⁴.

Los palestinos suponen actualmente alrededor del 17 por 100 de los ciudadanos de Israel, casi la misma proporción que en 1949. Aun así, el «problema demográfico», esto es, el temor de los judíos israelíes a que la mayor tasa de natalidad de los palestinos pudiera dar lugar a una mayoría palestina dentro del Estado de Israel, es un rasgo destacado del discurso público judeo-israelí. En los estudios de opinión realizados en 2004 por Sammy Smooha, el sociólogo más destacado de las relaciones entre judíos y palestinos dentro de Israel, dos tercios de los judíos encuestados expresaron su preocupación por esa cuestión, y el 94 por 100 pensaba que Israel debía mantener su mayoría judía. Sólo el 32 por 100 aceptaba que se concediera a los ciudadanos palestinos los mismos derechos, aunque pidiera que Israel se convirtiera en un Estado de sus ciudadanos, y el 81 por 100 pensaba que las decisiones sobre el carácter del Estado y sus fronteras debían exigir una mayoría de los judíos, no sólo de los ciudadanos²⁵. En una encuesta sobre las actitudes hacia la seguridad nacional realizada por Asher Arian en 2003, el 33 por 100 de los encuestados judíos estaba a favor de «transferir» (esto es, expulsar del país) a los *ciudadanos* palestinos de Israel²⁶.

Además, la preocupación por el «problema demográfico» no es sólo una cuestión de opinión pública. Es compartida por políticos, académicos y funcionarios públicos judíos de todo tipo, que obviamente consideran el objetivo de mantener una mayoría judía en el país como una política legítima. Junto con otras medidas destinadas a preservar ese objetivo, en 2002 el gobierno suspendió el derecho de reunificación familiar para los ciudadanos palestinos si los miembros de su familia, incluidos cónyuges e hijos, eran residentes palestinos de los Territorios Ocupados. Esto se presentó en un primer momento como una medida temporal, con el fin de frenar el flujo de terroristas palestinos que supuestamente entraban en Israel por la «puerta» de la reunificación familiar. Después de que se demostrara ante los tribunales la naturaleza tan exagerada de esa afirmación, se reveló la verdad –que esa política pretendía combatir el «problema demográfico»– y la medida «temporal» se ha prolongado repetidamente. Pronto será sustituida por

²⁴ Alto Tribunal de Justicia, 6698 / 95; Yoav PELED y Doron NAVOT, «Ethnic Democracy Revisited. On the State of Democracy in the Jewish State», *Israel Studies Forum* XX, 1 (2005), pp. 3-27. La preocupación por la posibilidad de que, tras un acuerdo de paz con los palestinos, Israel se convirtiera en un «Estado de sus ciudadanos» pudo ser parcialmente responsable del fracaso del proceso de Oslo; pero este tema requiere un tratamiento específico.

²⁵ Sammy SMOOHA, *Madad yachasey yehudim-aravim be-yisrael* [Arab-Jewish Relations Index 2004], Haifa, 2005.

²⁶ Asher ARIAN, *Israeli Public Opinion on National Security 2003*, memo 67, Tel Aviv, Centro Jaffee de Estudios Estratégicos, 2003.

una nueva ley de ciudadanía y entrada en el país que está siendo redactada por un comité constituido por los decanos de las facultades de Derecho israelíes, trabajando bajo los auspicios del Consejo de Seguridad Nacional.

Lo que revela este pequeño experimento mental, creo, es que, enfrentada a la opción entre que Israel sea judío o sea democrático, la gran mayoría de los judíos israelíes optaría por un Estado judío no democrático antes que por un Estado democrático no judío. En 1995, en el momento culminante del proceso de Oslo, Smooha comprobó que el 58 por 100 de los encuestados judíos expresaba precisamente esta preferencia²⁷; y esto dentro de los límites del Estado de Israel tal como está actualmente constituido, con una minoría palestina del 17 por 100. No es difícil imaginar qué actitud tendrían hacia la posibilidad de un Estado democrático donde los palestinos pudieran constituir una mayoría, si no inmediatamente, al cabo de unos pocos años.

El apoyo a la solución de un solo Estado tampoco existe, al menos como fuerza política organizada, entre los ciudadanos palestinos de Israel. Los tres partidos políticos palestinos actualmente representados en la Knesset piden que Israel se convierta en un Estado de sus ciudadanos, y todos ellos apoyan la solución de los dos Estados. Entre los ciudadanos palestinos, cerca del 90 por 100 apoya tanto el «Estado de sus ciudadanos» como las opciones binacionales para el Israel anterior a 1967, mientras que cerca de un tercio apoya el establecimiento de un Estado *palestino* en todo el territorio del antiguo Mandato británico. En cuanto a los palestinos de los Territorios Ocupados, cuando se les preguntó en septiembre de 2005 si, tras el establecimiento de un Estado palestino independiente, apoyarían la «creación de instituciones políticas conjuntas [con Israel] destinadas a la creación de un sistema confederal», más del 60 por 100 se opuso a esa opción y sólo el 35 por 100 estaba a favor de ella. Estas proporciones se invertían exactamente cuando se les preguntaba a los encuestados sobre el reconocimiento mutuo entre Israel y Palestina como Estados judío y palestino, respectivamente, después de que todas las demás cuestiones pendientes entre ellos hubieran sido resueltas. Las propias cifras de Tilley indican que entre 2000 y 2003 sólo entre un cuarto y un tercio de los palestinos encuestados estaba a favor de la solución de un solo Estado. Con otras palabras, por una mayoría de dos a uno, al menos, los palestinos de los Territorios Ocupados se oponen a cualquier tipo de confederación política con Israel y apoyan la existencia separada de Israel como Estado *judío*, una vez que se alcance la paz entre los dos Estados²⁸.

²⁷ Sammy SMOOHA, «The Israelization of the Collective Identity and the Political Orientation of the Palestinian Citizens of Israel. A Re-examination», en Elie Rekhess (ed.), *Ha-aravim ba-politika ha-yisraelit: dilemot shel zehut* [Los árabes en la política israelí], Tel Aviv, 1998, pp. 51-52.

²⁸ Tilley, *op. cit.*, Apéndice B, pp. 241-242; Palestinian Center for Policy and Survey Research, Survey Research Unit, encuesta núm. 17, 7-9 de septiembre de 2005, pp. 12, 16. Las encuestas de opinión israelíes ni siquiera preguntan sobre la solución de un solo Estado.

Máximos y mínimos

Aunque habría que alabar el libro de Tilley por plantear una cuestión que evidentemente merece una seria consideración, hay algo equivoco en su descripción de las opciones por un solo Estado o por dos Estados como «soluciones» para resolver las relaciones palestino-israelíes, como si atendieran al mismo problema. La opción por los dos Estados pretende resolver el problema de la ocupación israelí de Cisjordania y Gaza y su denegación de todos los derechos humanos, civiles y nacionales a sus habitantes palestinos. La opción por un solo Estado no plantea una solución de ese problema, sino, por el contrario, del conflicto judío-palestino en general. Trata de resolverlo echando atrás el Plan de Partición de la ONU de 1947 y transformando el «sistema de control» israelí durante cuarenta años en un Estado real, en el que todos los ciudadanos disfruten al menos en cierta medida de una igualdad de derechos. Para decirlo de otro modo, la opción por un solo Estado no pretende resolver el problema de 1967; pretende resolver el de 1948 aceptando la ocupación de 1967 y redefiniendo su carácter. Para ser honestos, habría que admitir que eso exige una reordenación de las piezas en el tablero mucho más radical que acabar simplemente con la ocupación de 1967.

Tilley trata de suavizar la radicalidad de su propuesta planteando un escenario optimista para ilustrar el resultado que pretende –la solución de un solo Estado– y un escenario pesimista para el que le disgusta: la solución de dos Estados. Por ejemplo, al argumentar que la solución de dos Estados no es viable, afirma que el número de colonos que tendría que ser evacuado a fin de ponerlo en práctica sería de 400.000, una tarea imposible. En realidad, las dos últimas soluciones de dos Estados que se pusieron sobre la mesa –los planes de Clinton y de Ginebra–, así como el acuerdo que supuestamente se alcanzó en Taba, en los últimos días del gobierno de Ehud Barak, cuando ya era demasiado tarde, sólo suponían la retirada de unos 80.000 colonos. El resto habría permanecido donde están, con intercambios territoriales (con la tasa de 1:1 según el plan de Ginebra) entre Israel y Palestina, para compensar a esta última por el territorio que permanecería bajo jurisdicción israelí.

La gran ventaja de la solución de un solo Estado sería modificar el carácter del conflicto palestino-israelí, que pasaría de ser una confrontación etno-nacional a otra sobre igualdad de derechos civiles y ciudadanía. Cabe pensar que esto convertiría un juego de suma cero en otro de suma positiva. Sin embargo, Tilley no pone de relieve que la estabilidad del futuro Estado democrático laico palestino-israelí no dependería únicamente de su naturaleza auténticamente democrática, sino también de la separación constitucional más estricta entre Estado y religión, en una sociedad en la que los prejuicios religiosos son muy relevantes. Ni siquiera los sionistas más liberales y anticlericales están de acuerdo actualmente con la separación entre Iglesia y Estado (porque piensan que eso significaría el fin del Estado judío), y entre los palestinos el surgimiento

de Hamás como fuerza política predominante hace aún menos probable la adhesión a esta demanda.

Etnicidad y clase

El modelo obvio para la transformación del sistema de control israelí en un Estado democrático laico es la transición realizada en Sudáfrica. Tilley mantiene una actitud ambivalente hacia el valor de la experiencia sudafricana como modelo para Israel / Palestina, considerándola en cierto momento irrelevante pero refiriéndose repetidamente a ella. Mona Younis, una historiadora palestina escéptica hacia la solución de dos Estados, ha escrito un importante libro comparando los movimientos de liberación nacional sudafricano y palestino²⁹. Basándose, de hecho, en las «relaciones reales que surgen de la lucha de clases existente», tanto durante el mandato británico como en el actual Israel y los Territorios Ocupados, la obra de Younis emplea el análisis de clase para explorar las semejanzas y diferencias entre las experiencias sudafricana e israelí-palestina. Su análisis proporciona una tesis muy poderosa y convincente con respecto al éxito y fracaso respectivos del CNA y la OLP en alcanzar sus objetivos declarados: establecer Estados democráticos no sectarios en todo el territorio de sus respectivos países.

La tesis de Younis es que los distintos resultados de las dos luchas de liberación nacional deben explicarse por el peso relativo de la clase obrera en sus respectivos movimientos nacionales. En Sudáfrica, los blancos no tenían otra opción que incorporar a los africanos como trabajadores en la economía nacional, lo que socavó las estructuras sociales tradicionales africanas y dio lugar al surgimiento de una poderosa clase obrera africana, capaz de perturbar seriamente la economía sudafricana. Fue la participación de esa clase obrera africana en la lucha por la liberación nacional la que aseguró su carácter democrático y, en último término, su éxito político (aunque, hasta el momento, no económico).

En Palestina, en cambio, los colonos sionistas pudieron excluir en gran medida a los palestinos de su economía, y más tarde también de su Estado, e incluirlos sólo muy parcialmente (y, como sabemos ahora, temporalmente) después de que ese Estado ampliara sus fronteras en 1967. Así, aunque la población palestina estaba en gran medida proletarizada, no dio lugar a una clase obrera consciente, cohesionada e independiente, y la lucha de liberación nacional palestina ha sido dirigida por la clase media (exiliada) y ha extraído sus cuadros principalmente de la población refugiada. Es ese carácter social del movimiento lo que lo condenó al fracaso.

²⁹ Mona YOUNIS, *Liberation and Democratization. The South African and Palestinian National Movements*, Minneapolis, 2000.

El claro análisis de Younis se basa en la premisa realista de que la solución de un solo Estado contradice los objetivos más esenciales del sionismo y tendría que imponerse a los sionistas por la fuerza. No recurre a simplezas retóricas para cuadrar el círculo de esa realidad y, dada la correlación de fuerzas, la conclusión que se extrae de su obra es muy pesimista.

Esto me lleva a lo que me parece la mayor debilidad del libro de Tilley, su divorcio de la realidad social. Se concentra en el lado israelí del conflicto, dejando a otros el análisis del lado palestino, «no sólo porque el proyecto es particularmente exigente» (a diferencia de la discusión sobre Israel, cabe deducir)³⁰. En el lado israelí se esfuerza acertadamente por refutar lo que llama «mito-historias» prevalecientes entre la audiencia a la que se dirige, pero probablemente percibe que el público lector no tiene paciencia para un análisis real de la sociedad israelí y de sus problemas, por lo que su análisis de Israel no es menos mítico. El Israel que emerge de su libro no es una sociedad real, con una historia real, conflictos sociales reales, capacidades reales y fuerzas sociales reales que compiten por el poder. Es una entidad etérea, cuyo carácter se puede descifrar y, lo que es más importante, transformar, mediante una interpretación correcta de los textos. Si se pudiera convencer a sus lectores de la verdadera naturaleza del sionismo, entendiendo a fondo el Programa de Jerusalén y el compromiso sincero de los palestinos con la democracia, del que ni siquiera aporta pruebas textuales, la paz descendería sobre Tierra Santa en «un gesto magistral». Quizá también descendería sobre los campus universitarios estadounidenses, donde los sionistas están llevando a cabo actualmente una cruzada macartista contra todos los herejes que se apartan de su línea. Desgraciadamente, la vida política real es un poco más complicada que todo eso.

³⁰ Tilley, *op. cit.*, p. 16.